

respecto á ceder en lo indispensable para constituir la unidad nacional vis á vis del extranjero, la unidad diplomática, la prohibición de que los Estados particulares pudiesen contraer entre sí ó con los otros Estados, alianzas ó tratados de ninguna especie, etcétera; pero no sucedió lo mismo cuando se quiso legislar en la más alta esfera de la organización interior política, en esto fueron necesarias concesiones vergonzosas, que habían de valer al pueblo americano, en justo castigo de su pusilanimidad y bajeza, tremendos días de amargura.

Esta tendencia tan extremada se nota en casi todos los artículos de la Confederación. En primer lugar no se quiere un poder ejecutivo, el supremo poder es el Congreso y aún este reunido «no podía declarar la guerra ni facilitar patentes en tiempo de paz, ni celebrar tratados ó alianzas, ni acuñar moneda, ni emitir letras de crédito, ni hacer empréstitos, ni apropiarse cantidad alguna, ni fijar el número de buques de guerra que hubieran de construirse ó comprarse, ni tampoco el número de hombres de que debiera componerse el ejército, ni nombrar, en fin, un comandante en jefe del ejército ó armada, á menos que aprobasen estas medidas nueve Estados de la unión.» Artículo 9.º—Puede decirse, pues, sin exageración, que lo que acordó el Congreso al constituir la Confederación fué fundar un cuerpo sin cabeza, una nación sin gobierno, y en tanto dió este resultado, el sistema de los recelos y desconfianzas que alimentaban las desenfrenadas ambiciones de los enemigos de Washington y de los federalistas, que al otro día de proclamarse la Confederación fué ya necesario pensar con qué podría sustituirse, y durante los seis años que duró, casi puede asegurarse que no se observó un solo día; baste decir que los que no querían que el Congreso nombrase su general ó jefe, hicieron á Washington dictador.

No había resuelto por tanto la Confederación el problema político, dió á lo sumo un paso para su resolución, pero nada más. De la obra del Congreso hizo Washington la siguiente profunda y acertada crítica que señaló, no solo el modo de pensar del grande hombre y de sus amigos respecto de la Confederación, sino el camino que era necesario emprender resueltamente para afianzar la libertad y la independencia de los Estados-Unidos. Decía el padre de la libertad americana:—«Como creo que los poderes concedidos al Congreso, y de ello apelo á la experiencia, son ineficaces, tendría por más cuerdo examinar, desde luego, los vicios de esta carta y remediarlos, mientras el peligro común nos obliga á reunirnos, mientras que los Estados ven y sien-

ten la necesidad de aumentar los poderes del Congreso, á lo menos por lo que toca á la guerra.»—«La disposición de los Estados, es hoy favorable al establecimiento de una unión duradera. Es necesario aprovechar la ocasión, si la dejamos escapar, tal vez no se presente de nuevo, y sería vergonzoso que después de haber resistido victoriosamente á las intrusiones de Inglaterra, sucumbiéramos víctimas de nuestras locuras y disenciones.»—«Conozco el peligro de establecer poderes muy fuertes, no ignoro cuán grande es en este punto la repugnancia de los Estados. Cuando se apliquen los artículos de la Confederación, se conocerá la necesidad que hay de reformarlos. Ya se trata ahora de hacerlo de uno de las más principales, ya se trata de dar al Congreso el poder necesario para obligar á los Estados á dar su contingente de tropas y de dinero.»—«Cierto que esta autoridad la tiene en principio el Congreso, mas como no se le da autoridad coercitiva alguna para hacerse obedecer, de aquí que sus disposiciones sean ilusorias.»

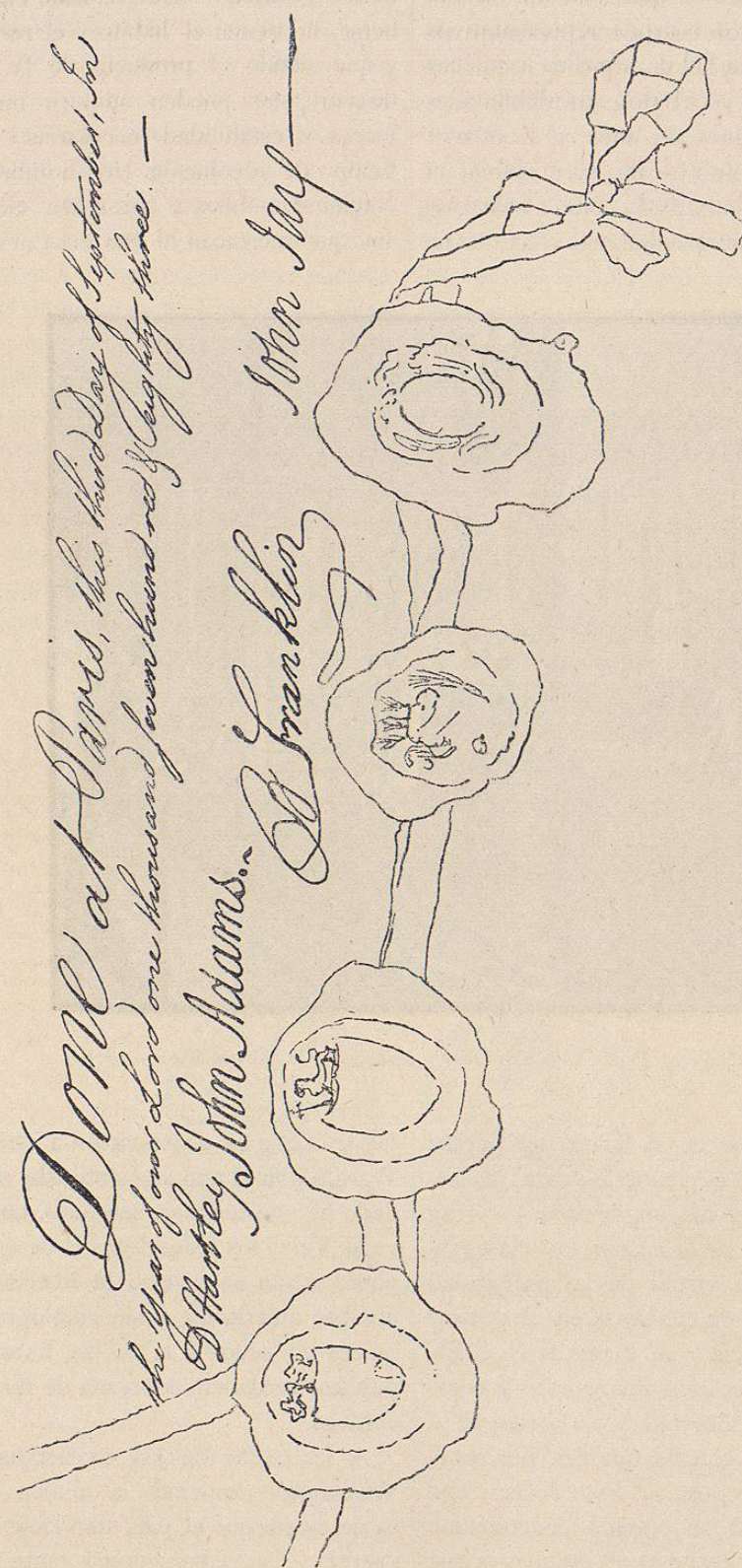
Mayor suma de autoridad para el Congreso, esto es lo que pedía Washington á un cuerpo dividido por las fracciones políticas; mayor suma de unidad, pedía Washington á una corporación celosa ya de su popularidad y gloria y de la cual algunos de sus miembros entraron en la cábala de Comvay.

En fin, tan por los suelos vino la autoridad del Congreso, tanta preponderancia tomaron las facciones políticas en los Estados, que llegó á tratarse en público de la conveniencia de disolver la Unión, y de que cada Estado se rigiera soberano é independiente. A tan triste estado de cosas era necesario un remedio urgente y radical, y este decidieron buscar y aplicar con todo rigor los federalistas, es decir, los partidarios de la unidad é indivisibilidad de la patria. El honor de esta campaña pertenece por entero á Washington, Hamilton, Maddison y Jay.

Hamilton, miembro del Congreso á la sazón, asustado de la debilidad é impotencia del Congreso, fué el primero en dar la voz de alerta, y lo hizo dirigiéndose no á las Asambleas ó gobiernos de los Estados, á quienes acusaba de la anarquía que devoraba á los Estados-Unidos, sino al pueblo de todos los Estados, al pueblo americano que había declarado y fundado la Independencia y Unidad de la patria.

Jay escribía á Washington: «Vale más confesar los errores y corregirlos que contentarse con vanos paliativos.»—«Combatir las preocupaciones populares, censurar la conducta de los Estados, expo-

ner su incapacidad, es un trabajo poco agradable, pero hay que llevarlo á cabo. Marchamos á una crisis, á una revolución, á algo que no puedo prever ni adivinar. Pero estoy inquieto, y tengo más



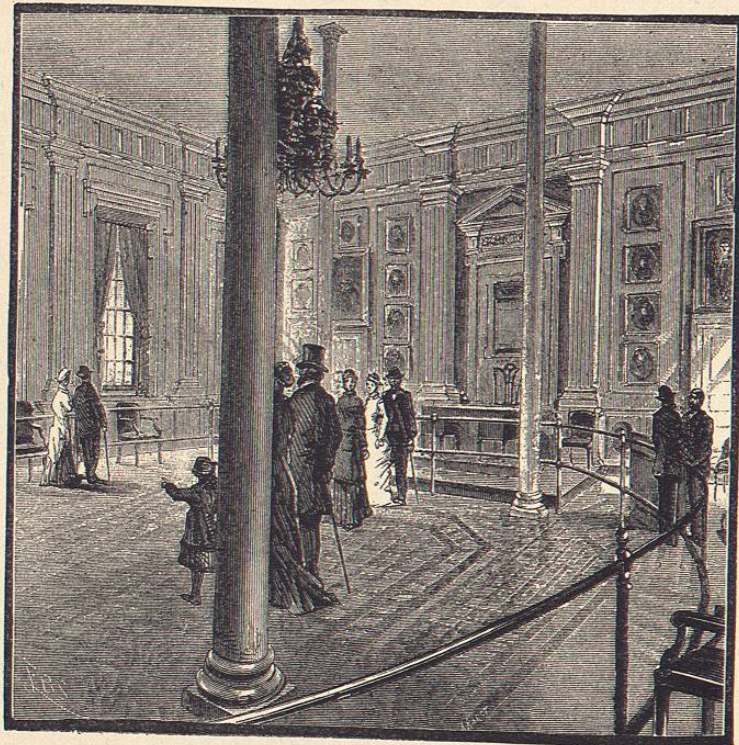
Facsimil de las firmas del tratado de paz entre Inglaterra y las colonias americanas

miedo que durante la guerra.»—«Yo espero que saldremos del abismo á que nos ha llevado nuestra imprevisión y falsa línea de conducta, pues es im-

posible que tantas ocurrencias se hayan combinado en pro de la libertad de América, y para hacer de nosotros una nación, y todo para obtener un re-

sultado pasajero é insignificante. Creo que acabaremos por ser un pueblo grande y respetable, mas cómo y cuándo, esto es lo que sólo un profeta podría anunciar.» — «Los cuerpos representativos serán siempre una copia fiel de aquellos á quienes representan. Sus vicios y virtudes, sus debilidades y talentos serán comunes á unos y á otros.» — «La mano de los hombres no es ni sabia, ni buena, ni virtuosa, y la virtud como todas las demás fuerzas del país, no puede tener efecto si no

se le coloca en un medio conveniente y sostenido por un poder enérgico y hábil.» — «La desgracia de los gobiernos nuevos, está, en que para sostenerse, no tienen el hábito y el respeto tradicional, y que siendo el producto de la confusión y del desastre, no pueden adquirir inmediatamente la fuerza y estabilidad necesarias.» — «Además, en tiempo de revolución, hay hombres que ganan la confianza pública y consiguen cierta importancia, sin que merezcan ni una cosa ni otra. Estos char-



Congress Hall.—Donde se firmó la declaración de Independencia.—1776

latanes políticos más que de la salud del pueblo que vociferan se ocupan en venderles caras las recetas que le propinan y sus unguentos.» — «Hay que temer que *el fondo de la nación*, las clases industriosas regulares, en virtud de la inseguridad de la propiedad, la falta de confianza en el gobierno, la ausencia de Justicia y de buena fe en el Estado, no consideran precarios, imaginarios y engañosos los frutos de la libertad y se arriesgan á toda clase de cambios, con tal que den por resultado la seguridad y el reposo.» — Esto decía y opinaba Jay en 1786 y con su opinión concordaban todos los federalistas y los hombres eminentes que como Franklin, no se preocupaban más que de dotar á la república de un gobierno fuerte, estable y capaz de dirigirla.

Pero yo creo que no es posible leer la carta de

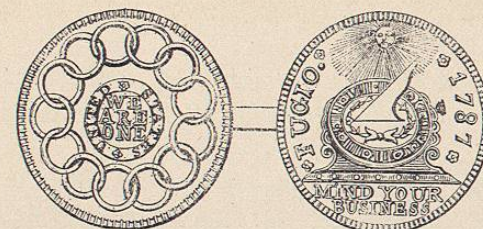
Jay y la que en contestación á otra del mismo dió Washington al año siguiente, sin sentirse impresionado por un lenguaje tan puro, tan recto y tan elevado. Veían los federalistas el desquiciamiento de la patria, veían en peligro la libertad y el honor del nombre americano, y sin embargo, no soñaban siquiera en acudir á la fuerza, fiaban en la opinión pública, verdadera soberana de los Estados democráticos.

A las cartas de Jay contestaba una y otra vez Washington «esperad» la opinión no está madura, es necesario que el país SIENTA y QUIERA con más energía.» Tanta parsimonia, tanta prudencia, unida á la mayor perseverancia, no podía menos de salir victoriosa. Ejemplo es este que debemos recomendar á todos los hombres públicos: la máxima de Washington es la máxima de la sabiduría popular,

«quien sabe esperar sabe lograr,» desgraciadamente ni todos los hombres ni todos los pueblos tienen la virtud necesaria para llevar la parte más difícil, la de saber aguardar. En la carta de Jay citada, y en cuantas escribió sobre este asunto y hemos leído, la exacta y animada pintura de la situación política porque atravesaba entonces América, despierta en nosotros europeos, el recuerdo de situaciones análogas, conducidas con menos arte y por consiguiente con peor fortuna. No conocemos revolución alguna europea á la cual no pudiera aplicarse en alguno de sus momentos el firme y enérgico lenguaje de Jay, ¡cuántas veces el ilustre Castellar no dijo á los federalistas, lo que Jay á Washington, «esperad, el país no *siente y quiere* aún con bastante energía lo que vosotros queréis, temed que las clases conservadoras — las clases industriosas y regulares, escribía Jay—no vayan, asustadas por el poco respeto que infunde el gobierno, y por la inseguridad de la propiedad, á refugiarse en brazos de quien quiera que sea que les dé tranquilidad y

reposo.» Desgraciadamente no oyó ó no entendió la mayoría del partido democrático español el lenguaje patriótico y elevado de nuestro ilustre amigo, y en vez de correr por medio de una convención ú otra salida más ó menos constitucional á la constitución de un gobierno estable y enérgico, corrió desalentadamente á su ruina y segura pérdida.

Hacíase, volviendo á nuestro asunto, tan visible y general el mal estado de los negocios públicos, que cuando para arreglar cierta cuestión de tarifas entre los Estados se acordó por estos reunir en Anapolis una convención, vino en admitirse sin dificultad alguna por todos los Estados, excepto el Rhode-Island, el proyecto de que los delegados revisasen con tiempo los artículos de la *Confederación*. Hemos de ver ahora como la ley de la necesidad puso en descubierta una gran ley política que supieron aprovechar los americanos, pero que en Europa no ha tenido hasta ahora fortuna, á pesar de los grandes desastres que una y otra vez han venido á señalarle el verdadero camino que debía seguir.



FRANKLIN PENNY
Primera moneda acuñada en Norte América